

La omisión de la conciencia histórica argentina en la transición democrática alfonsinista. Una mirada desde la Ciencia Política.

Daniela Rinenberg, Lucila Capelli.

Cita: Daniela Rinenberg, Lucila Capelli (2007). La omisión de la conciencia histórica argentina en la transición democrática alfonsinista. Una mirada desde la Ciencia Política. *VII Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <http://www.aacademica.org/000-106/173>

La omisión de la conciencia histórica argentina en la transición democrática alfonsinista. Una mirada desde la Ciencia Política

Daniela Rinenberg, Lucila Capelli
Facultad de Ciencias Sociales UBA

Lucilacapelli@fibertel.com.ar

LA OMISIÓN DE LA CONCIENCIA HISTÓRICA ARGENTINA EN LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA ALFONSINISTA. UNA MIRADA DESDE LA CIENCIA POLÍTICA

A partir de los diversos procesos sociopolíticos que tuvieron lugar a lo largo de la historia Argentina, nos propusimos repensar cuál es la relación que existe entre el desarrollo de la Ciencia Política en la Argentina y los acontecimientos políticos que influenciaron, en su nacimiento, a su enfoque metodológico. Buscamos comprender por qué la ciencia política se cimentó sobre una “nueva ideología”, por qué obvió a la tradición histórica y por qué, fundamentalmente, se articuló sobre conceptos híbridos que omitían todo tipo de reivindicaciones sociales perseguidas por las ciencias sociales.

Nos proponemos cuestionar cuál fue el rol de la historia a la hora de hacer “la política”, hasta qué punto se tuvo en cuenta la tradición histórica en la reformulación del pensamiento político post dictadura. Entendemos que la transición democrática alfonsinista intentó diferenciarse de su pasado omitiendo la conciencia histórica nacional, obviando “realidades” que habían emergido legítimamente desde la sociedad, sofocándolas. Nuestra hipótesis se sustentará en que la mayor parte de la producción popular crítica anterior a la dictadura militar, que no dejaba de ser un “reflejo” de la sociedad o una visión de la misma, fue dejada de lado y reemplazada por el paradigma democrático. Con esto queremos decir que la transición democrática se basó en una despolitización, des-historización y des-masificación del pensamiento político argentino.

En términos generales, la reflexión sobre “lo político” era rica y variada desde la construcción del Estado- Nación o incluso antes, dando lugar a figuras muy importantes para la fundación del pensamiento político. Juan Bautista Alberdi escribió memorables textos sobre el pensamiento social de nuestro país. En su juventud, plasmó una teoría del derecho basada en las raíces del pueblo y, a partir de allí, justifica la ineficiencia del accionar de Rosas “*Una nación no es una nación, sino por la conciencia profunda y reflexiva de los elementos que la constituyen.*”¹

Tanto Alberdi, como Sarmiento y Echeverría, desde diversas ópticas, analizaron la realidad social y política argentina, escribían con la clara intención de derivar de sus textos cursos de acción política definidos en pos de la “modernización”. Sarmiento, desde su “Facundo”, sentenció a la sociedad a la dicotomía: “civilización o barbarie”. El debate entre liberales y federales alrededor de la construcción del Estado nacional empañó constantemente la producción historiográfica y el accionar político de la época.

A partir de los años '30, comienza un estudio crítico de los actores políticos, de sus comportamientos y vinculaciones con los intereses extranjeros. Es mediante la modalidad del ensayo político, como emerge un análisis revisionista de la historia. A través de posturas críticas, diversos autores, juzgarán las concepciones de la historia que tenían sus antepasados. Este “movimiento hacia atrás” tuvo lugar tanto desde la derecha nacionalista (los hermanos Irazusta) como desde el liberalismo (De la torre y Odonnell) y desde la izquierda nacionalista (FORJA).

Estos antecedentes nos dan la pauta del ferviente debate intelectual que se desarrolló desde la conformación del Estado- nación y que encontró, su máxima expresión, en las décadas anteriores al golpe de estado de 1976. Con la reconstrucción democrática alfonsista, el debate intelectual, se vio limitado al estudio de la consolidación democrática y al análisis de las instituciones de gobierno.

La emergente democracia necesitaba de la ciencia política como marco teórico que buscara fortalecer el débil institucionalismo. La agenda de investigación en ciencia política acompañó las prioridades de los tomadores de decisiones y analizó los problemas que empezaban a detectarse en el funcionamiento de las instituciones de gobierno. En los '80, la preocupación por la consolidación de la democracia y las aspiraciones reformistas del Presidente Alfonsín, estimularon una serie de estudios sobre la conveniencia y la posibilidad de reemplazar o moderar el régimen presidencialista de gobierno. Los problemas de eficacia y eficiencia en el funcionamiento de las burocracias estatales dieron lugar a programas de investigación, de formación de postgrado y de capacitación profesional de funcionarios en temas de administración y políticas públicas.

El análisis sobre la institucionalidad y la consolidación de la democracia llevó a que la ciencia política sea una ciencia sin grandes relatos siguiendo más que nada el camino de la filosofía política clásica. Los intelectuales radicales no vieron que las tradiciones políticas argentinas hayan contribuido en la conformación de una sociedad pluralista y democrática.

El ala intelectual del gobierno de Alfonsín habría intentado omitir las tradiciones históricas de la política argentina, como por ejemplo, el marxismo, el dependentismo y el revisionismo.

De esa manera se trató de erigir sobre ese vacío la nueva institucionalidad de la modalidad democrática; es decir, abandonado el pensamiento sobre “lo político” para depositarlo en el de “la política”, como por ejemplo sistemas de partidos, sistemas políticos, institucionalidad y demás. Las ciencias sociales, como señalamos anteriormente, acompañaron el discurso progresista que exhibían en esos años los discursos políticos dominantes. “Lo político”, la revalorización de la ciencia como pensamiento relacionado a lo utópico, se transformó en la “política” ligada a los deseos del presidente Alfonsín. Es decir, al hacer política en vez de pensar lo político se perdió, desde el pensamiento intelectual, el carácter de crítica. Como plantea Rinesi: *“Que cuando los paradigmas teóricos empiezan a hacer suya ni más la agenda de la política de su tiempo, perdiendo a ella toda criticidad y autonomía, entonces se ve afectado el principio mismo de la vida intelectual, entendida como una actividad capaz de sentar al presente en el banquillo de los acusados y de pensar contra sus dimensiones más odiosas e irritantes.”*²

La ciencia política fue pensada como respaldo a la transición democrática, como su objeto de estudio. De este modo, se naturalizaron los procesos históricos y se dejó de lado, en sus estudios, análisis tales como la lucha de clases, la historia social y, principalmente, la relación entre política e historia, tan presente en el revisionismo histórico.

*“Sólo la historia puede realizar esa unidad entre nosotros; sólo ella puede comunicar a las nuevas generaciones el sentido de una misión argentina específica en el mundo y que comprometa en su cumplimiento a todos los nacidos en nuestro suelo.”*³ La desvinculación de la historia y de la política, como plantea Palacio, dejó de lado la índole colectiva del “ser” de la Argentina. Las disciplinas sociales de los 80 fueron, como era de esperarse luego de tantos años de violencia, portavoces de conceptos abstractos, como sistema democrático, ciudadanía, derechos políticos y demás. Perdiendo de vistas la necesidad de recuperar el estudio de “la patria” misma, para lograr una integridad y una solución a los conflictos sociales. De este modo, la transición democrática se alejó del revisionismo histórico dejando de lado la posibilidad de restaurar la conciencia social.

Dejar de lado la historia genera imposibilidad de ejecutar políticas nacionales que beneficien a la sociedad. En la Argentina de los ´80, el pensamiento político borró el bagaje intelectual de los ´70, aquella herencia intelectual que tenía, como objetivo principal, analizar críticamente la estructura social Argentina *“(…) De tal manera pensar en una política nacional, sobre todo ejecutarla, requiere conocimiento de la historia verdadera que es el objeto del revisionismo histórico (…).”*⁴

¿Cómo construir una política nacional sin una conciencia histórica? Sin un conocimiento del pasado, no se puede, como plantea Jauretche, lograr una política de fines y se imposibilita toda noción del presente y del futuro. Toda nación necesita de una “conciencia histórica”, no se trata sólo de cuestiones historiográficas sino de cuestiones puramente políticas. *“La historia ha de ser viviente, estimulante, ejemplarizadora o no servirá para nada”* (Palacio, E: página 45). La conciencia histórica es la razón de la utilidad de la historia. Permite generar identidad y aprender del pasado para nuestra realización del presente.

El presente es la muestra del pasado, entender las políticas nacionales era entender la historia, obviarla, dejándola fuera de los análisis políticos, como hizo la ciencia política de la transición democrática, nos hizo creer, que aquellas políticas, respondían a nuestra conciencia histórica. No se tuvo en cuenta que, en realidad, eran políticas liberales que seguían los lineamientos “occidentales” de la configuración democrática. Desde la conformación del Estado Nación en la Argentina, Alberdi, en sus escritos políticos, apelaba por libertad en el accionar de nuestra configuración institucional *“Al paso que nuestra historia no es más que una continua serie de imitaciones forzadas, y nuestras instituciones, una eterna y violenta amalgama de cosas heterogéneas.”*⁵

El análisis de la política nacional generó la creación de conceptos abstractos dejando de lado puntos de vista como la estructura social y económica, la participación de las masas y el dependetismo económico. Omisiones que se vieron reflejadas en las formulaciones de ciertos intelectuales muchos de los

cuales, por ejemplo, durante los '70, acuñaban una visión más crítica de la realidad social y que, en los 80, se suscribieron al discurso alfonsinista. El caso que más nos compete es el de Juan Carlos Portantiero, intelectual protagonista de la creación de la carrera de ciencia política en la Universidad de Buenos Aires, que se plegó a la "institucionalidad" encarada por el hacer "la política" de su presidente. Portantiero dirá: *"Frente al problema general de la sociología, quisiera decir que en primer lugar yo no me defino como sociólogo, sino como socialista revolucionario...La respuesta como simple es lógica: o a sociología sirve como instrumento capaz de apoyar cambios de tipo político, o no me interesa como profesión."*⁶

Portantiero permaneció estrechamente relacionado con Raúl Alfonsín como su asesor (1983-1989), integrando un equipo de consulta denominado Grupo Esmeralda. Allí se destacó en la redacción del famoso discurso del entonces presidente sobre "el Tercer Movimiento histórico" como el universal que haría las veces de "síntesis" del radicalismo yrigoyenista y al peronismo. Tal ambiciosa misión no logró su objetivo ya que se basó en una militancia intelectual de clase media que demostró no poder generar el poder de un movimiento popular que la legitime.

Nos interesa remarcar que, según nuestra opinión, los protagonistas políticos de la transición democrática contaban con "buenas intenciones", lo que no deja de ser necesario pero no suficiente al momento de repensar a una sociedad. ¿Cuál es el peligro de la falta de reconocimiento de la historia y su separación de "la política"?

Un punto interesante a desarrollar es que la transición democrática, al obviar, no sólo a la tradición del revisionismo histórico, sino también a las vastas producciones críticas de las ciencias sociales argentinas, sustituyó el colectivo "pueblo", tan proclamado por el populismo argentino, por el concepto "ciudadanos". La connotación de término "pueblo" fue muy utilizada por el populismo argentino apelando a la inclusión social y, con ella, a la participación de las masas. En cambio, el concepto de ciudadanos, implantado fuertemente a partir de la "transición democrática", generó una igualación "formal" entre todos los argentinos buscando apaciguar la lucha de clases, generando, en consecuencia, más exclusión social.

A partir del furor democrático, las teorías de la dependencia también fueron marginadas. Las mismas implicaban una mirada crítica de nuestra historia apelando a una dependencia con los países desarrollados. Se puede observar, como la mirada que se tiene de la historia y el uso de la misma, determinan al pensamiento político y a su praxis. En este sentido, el gobierno democrático, se encaminó hacia una identificación con la democracia representativa occidental. El liberalismo democrático⁷, que causaba furor en los países centrales, debía ser adoptado imperativamente por los países latinoamericanos no sólo como solución a tanta inestabilidad política sino, principalmente, como una necesidad del capitalismo mundial de reproducirse. Según como se lea la historia, podemos pensar, que la vuelta a la democracia siguió y profundizó el dependentismo.

La recuperación de la libertad y de los derechos, eran bases fuertes y aspiraciones sumamente soñadas por los argentinos durante los años '80. Una

vez finalizada la dictadura militar, el gobierno de Alfonsín estableció, como su principal prioridad, la recuperación y consolidación de la misma. Sus discursos lo presentaban como un político que respetaría los derechos humanos y la institucionalidad democrática. Sin embargo, al renegar las tradiciones nombradas anteriormente, la “transición”, tal como fue planteada, constituyó una doble transición que buscaba, no sólo la consolidación de la democracia, sino que además, sentó las bases para la aplicación de políticas neoliberales durante la presidencia de Carlos Menem. Con esto queremos señalar, que la falta de una revisión histórica, acompañada por una débil defensa de los ideales nacionales y una pasiva teoría social impidió la posibilidad de generar cualquier cambio a nivel.

La falta de una conciencia histórica es la falta de conocimiento de cómo fue la política en nuestro país. De esa manera, el presente sigue siendo muestra del pasado. Los relatos contados por los vencedores de la batalla de Caseros, siguen siendo el horizonte de sentido, la historia oficial sigue repitiéndose en nuestros días y los ajustes hechos luego del gobierno de Alfonsín siguen siendo muestra de un espiral que se repite década a década en nuestro país.

La democracia representativa, tal como fue aplicada en la Argentina, más que igualar a la sociedad, generó mayor exclusión social. *“fue así que la idea de la democracia como gobierno del pueblo perdió gravitación rápidamente en el discurso público de los apologistas de la democracia representativa: más potente en un primer momento, cuando cayeron y fueron desplazadas las dictaduras militares, el neoliberalismo se dedicó a sustituir esa idea en el imaginario colectivo por un énfasis salvacionista en la única alternativa económica posible por su promesa de logros materiales tan crecientes como abundantes”*⁸

Interrogantes

Encontrar respuestas a los interrogantes sobre lo social se torna árido. Elegir el camino de las ciencias sociales, lejos de ser superfluo, responde a una búsqueda personal, una necesidad (¿altruista?) de entender el funcionamiento social, agotando todos los debates posibles en miras de generar una sociedad más igualitaria. Para lograr esto se necesitan científicos sociales sensibles que elaboren, personal y colectivamente, una teoría crítica de la realidad. Son ellos, quienes habiendo elegido ese lugar, deben reformular e interrogar constantemente a la vida social, revisándola y criticándola. Es gracias al enjuiciamiento constante de *“aquello que es dado”* como se pueden vislumbrar los mecanismos de exclusión social. Si las ciencias sociales no logran criticar a su comunidad, conformándose con la realidad, creemos, que la esencia misma de lo social como ciencia se diluye. La formación académica debería de servir para perder el velo y poder *“leer entre líneas”* a las conductas sociales.

Personalmente, estamos terminando la carrera de Ciencia política de la UBA, en pocos meses seremos politólogos. Nos resulta fundamental preguntarnos cuál es el rol de la ciencia política en la Argentina, en qué se sustenta y qué persigue. Es habitual que nos pregunten de qué vamos a trabajar, para qué sirve estudiar política o qué intenten denostar a la política como ciencia. Este ensayo nos da la posibilidad no sólo de re-pensarnos como futuras politólogas sino, además, re- pensar el rol de la ciencia política en nuestra sociedad.

Creemos que este espacio nos da las herramientas para criticar a las ciencias sociales desde otro lugar. Bregar por una mirada crítica no nos parece caprichoso. No estudiamos ciencia política porque queramos revolucionar el mundo privado de las relaciones institucionales ni porque busquemos investigar el funcionamiento del sistema de partidos en Australia. No elegimos a la UBA por proximidad geográfica ni por grupo de pertenencia, creemos que es a partir de este espacio, donde las ciencias sociales pueden lograr su objetivo: repensar, criticar y re-formular a la sociedad e interpretar la historia. Estando en contacto con la realidad social, es como se puede lograr una teoría social crítica. Implantando modelos de análisis extranjeros, no hacemos más que extrapolar mecánicas de otras realidades a una lógica distinta. Desde nuestro lugar -si logramos no perdernos en el "camino"- podemos alcanzar una mirada crítica de lo social. No perder de vistas a la utopía como horizonte ni dejar de buscar la intervención activa y crítica en el mundo de la política y de la vida social.

Vale la pena repetir que no es un camino fácil. Nuestra generación se caracteriza por haber perdido todo tipo de análisis crítico de la realidad, vivimos escondidos en nuestros pequeños mundos, vemos a la cosa pública como ajena y, solemos, condenar toda manifestación política. Somos hijos de la "transición democrática" de los ochenta. Aquel "punto cero" que, en gran medida, omitió nuestra tradición historia en su "hacer" político, generando nuevas maneras de ver lo político. Se buscó educar a los nuevos ciudadanos vaciándolos de ideología. Se intentó fomentar la concepción de que todo ideal político apasionado, no sólo era anacrónico, sino que se oponía a la idea misma de "progreso".

Así se generó el autismo actual. Nuestra generación, nacida bajo el sol de la "transición democrática", ve a la historia (y a la política) de su país como algo aburrido y, fundamentalmente, ajeno.

La vuelta a la democracia quiso, de cierta manera, borrar el pasado. Intentó cimentarse en una despolitización, des-historización y des-masificación de la realidad. Luego de años de dictadura militar, debíamos ser "ciudadanos". Resultaba fundamental acatarnos a los modelos primer mundistas para escapar del caos. Se intentó "tapar" el pasado, perdiendo de vistas, una vez más, nuestra "identidad".

Nosotras nacimos en democracia y estudiamos una carrera creada en democracia, depende de nosotras ir más allá e intentar buscar esas "bases" olvidadas y no sucumbir en una irrealidad.

La ciencia política (o ciencias políticas en su momento) nacieron en la tibieza (¿tibieza?) alfonsinista que buscaba generar un espacio que formara a los "nuevos políticos", aquellos que formarían las cuadros técnicos de la añorada democracia, portavoces de normas y principios republicanos, ciudadanos modelos que buscarían el fortalecimiento de las débiles instituciones democráticas. La carrera nació, en la UBA, en pleno apogeo de términos como ciudadano, derechos políticos, participación, partidos políticos, presidencialismo y demás. Años de dictadura encontraron en la democracia la solución, el mal menor para escapar del caos.

Con esto no queremos decir que estemos en contra o a favor de la democracia como sistema, sino, más bien, queremos criticar su instauración como pretensión de verdad que “barrió” con todo el “folklore” previo. Buscamos enfocarnos, principalmente, en la ciencia política como producto de la transición democrática. Creemos que las ciencias sociales son un espacio genuino que tuvo su oportunidad, con la vuelta de la democracia, de ocupar otro lugar. El caos post dictadura generó cierta cobardía en las ciencias sociales que no pudieron ocupar su lugar de teorías críticas y tomar, de cierto modo, la “batuta” en la formulación teórica de aquellos años. La sociedad se encontraba herida y disgregada; las ciencias sociales no pudieron producir una teoría crítica que pudiera generar sus propios fundamentos conceptuales.

En los primeros años de “transición democrática”, las ciencias sociales se mostraban débiles, no poseían fuertes respaldos ideológicos ni seguridades. Tal vez todo esto haya sido producto de una necesidad de diferenciarse del pasado. Se creyó que el caos setentista había sido generado por fuertes pasiones ideológicas. Fue así como talpreciado sentimiento cayó en desgracia: ser apolíticos y buenos ciudadanos fue la orden del día. Eran épocas en las que las certezas no abundaban, no se contaba con una gran teoría que hiciera las veces de marco.

De este modo, la “transición democrática” se construye sobre un vacío político e ideológico. Esta ausencia, como bien señala Eduardo Rinesi en “La historia sin red”, fue desaprovechada por la sociología argentina en particular y por las ciencias sociales en general. La ciencia política no hizo más que importar conceptos y analizar a la democracia en sí, obviando todo tipo de formulación original. Ella tampoco aprovechó la ocasión para reformularse, no logró repensar la democracia desde la realidad político social argentina. No realizó un exhaustivo revisionismo histórico, no volvió para atrás en miras de reformularse a futuro. Obvió la identidad misma de la sociedad argentina, sus movimientos populares, sus reivindicaciones, las voces revolucionarias y las luchas sociales e intentó englobar a una sociedad en “shock” bajo el rotulo de democracia. Buscó la uniformidad del concepto “ciudadanos” buscando borrar las pujas, pecó al no comprender que son inherentes a la vida capitalista en sociedad. Fue presa de la globalización, del mandato internacional, que buscaba la unidad sin fisuras. El sistema capitalista en sus continuas reformulaciones, buscaba ahora, la uniformidad democrática para establecer el mandato del imperio. Se “barajaban” de nuevo las connotaciones. El camino democrático era sinónimo de todo lo bueno y feliz, no unirse a éste era caer en el caos y la injusticia. La argentina post dictadura, que se alzaba herida por tanta violencia, debía imperativamente unirse al tren democrático si quería alcanzar la felicidad. De este modo, se presentaba a la democracia como el mejor camino para las “almas buenas” de escapar del caos producto de luchas entre clases “inventadas” por ideologías resentidas que no hacía más que generar odio y violencia. Era necesario empezar de nuevo, hacer “borrón y cuenta nueva”, mirar para “arriba” y seguir las recetas del “*happy world*”. Una vez más, a la Palacio, se olvidaba la identidad nacional, la crisis argentina, en vez de haber sido una oportunidad para repensarse, para tomar otro rumbo, delimitó un gran muro contra un pasado bárbaro y violento, configurando un contrato desde cero, viendo en la transición hacia la democracia el camino hacia la felicidad.

De este modo, el mundo periférico en general y América Latina en particular, perdieron su oportunidad histórica, dada por las crisis, de re-plantear las bases de sus problemáticas históricas, políticas, culturales y hasta filosóficas. Las ciencias sociales, como ámbito de las ideas, dejó pasar ese escenario, a la Ranciére, de emergencia y no logró construir un “gran relato” propio a sus conflictos y realidades.

La necesidad de “poner una bisagra” con la historia, con el pasado teórico provocó una visión amorfa de nuestros antecedentes como nación. La necesidad de olvidar fue mayor que la de reformular, de repensar nuestro pasado, la producción teórico- crítica, histórica y demás. Se creía que *“era la vigencia de esas tradiciones, esas culturas políticas, la responsable de los autoritarismos políticos que habíamos debido conocer, y era por lo tanto con esas mismas tradiciones político- culturales con las que urgía establecer un corte radical y definitivo”*⁹

La ciencia política de los ochenta se suscribió al término “transición democrática” que retumbaba en los oídos de todos los argentinos, generando esperanza en ese futuro que anuncia la transición hacia algo, un algo híbrido y poco claro, pero seguramente bello y ordenado. La producción política de los ochenta se obsesionó tanto con el concepto de democracia que se olvidó del debate por la historia, por su pasado, que vuelve sea como tragedia o farsa, cíclicamente a enfrentar. *“Lo reprimido indefectiblemente retorna”*¹⁰

Es por estas ideas, tal vez difusas pero, no por eso, poco interesantes, que nos propusimos re- pensar la emergencia de la ciencia política en la argentina ligada al pensamiento político dominante de la época, como paradigma para la “transición democrática” que buscó generar un vacío ideológico y una des- historización de la política.

La creación de la carrera de ciencia política, cimentada en un vacío ideológico, nos da la pauta para preguntarnos por la historia. Es recurrente en nuestra historia como nación darle la espalda a nuestra historia ¿Por qué se han intentado borrar ciertas tradiciones de la historia política argentina?

El revisionismo histórico en distintas épocas y desde diversos lugares alzó la voz contra la falsificación de la historia argentina como mecanismo de poder, hacer de la historia la política de la historia, utilizarla como mecanismo de poder. *“La nación es una vida, es decir, una continuidad”*¹¹

La democracia global se insertó, de este modo, en otro plano, rompiendo con la continuidad (ya varias veces quebrada) de la nación. Se levantó un muro contra nuestras tradiciones. El fin de las dictaduras militares y el triunfo de la democracia. El inicio de una nueva era en la que los ciudadanos universales iban a gozar de la igualdad y libertad gracias al imperativo de la ley, un mundo mejor era posible.

La “transición democrática” argentina no fue más que el resultado de una necesidad de los poderes hegemónicos de estabilizar políticamente el mapa mundial. El capitalismo mundial necesitaba de una América latina democrática porque sólo de este modo podía lograr que la masa sintiera a la cosa pública como ajena. El sistema democrático tiene el poder de volver a la masa autista ubicarla como consumidora. Se abandona, de este modo, el pensamiento

sobre “lo político” para depositarlo en “la política”, que se aliena del pueblo que no sólo no puede formar parte sino que ya no quiere hacerlo.

Bibliografía

- Alberdi, Juan Bautista. *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*, Buenos Aires 1837.
- González, Horacio (comp.). *Historia Crítica de la Sociología Argentina, los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*. Editorial Colihue, Buenos Aires, 2000.
- Jauretche, Arturo. *Política Nacional y Revisionismo Histórico. Tercer Momento, La Historia como Base de la Política Nacional* Buenos Aires, Peña Lillo editor, 1959.
- Palacio, Ernesto. *La Historia Falsificada*, Buenos Aires, Editorial Difusión, 1939
- Peña, Milciades. *Historia del Pueblo Argentino* Ediciones Montevideo, Buenos Aires, 2005
- Nun, José. *Democracia ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?* Fondo de cultura económica, Buenos Aires, 2000
- Gruner, Eduardo. *El fin de las pequeñas historias, de los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*. Paidós, Buenos Aires, 2002.

¹ Alberdi, J. B. (1837). *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*. Buenos Aires

² Rinesi, E. (2000). La Historia sin red. En H. González (Comp.), *Historia Crítica de la Sociología Argentina, los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*. Buenos Aires: Editorial Colihue.

³ Palacio, E. (1939). *La Historia Falsificada*. Buenos Aires: Editorial Difusión.

⁴ Jauretche, A. (1959). *Política Nacional y Revisionismo Histórico*. En A. Jauretche, *Tercer Momento, La Historia como Base de la Política Nacional*. Buenos Aires: Peña Lillo editor.

⁵ Alberdi, J. B. (1837) *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*, Buenos Aires.

⁶ Citado por González, H. (2000) en *Historia Crítica de la Sociología Argentina. Los raros, los clásicos, los discrepantes*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.

⁷ Nun, J. (2000). *Democracia ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

⁸ *Op. Cit.*

⁹ Rinesi, E. (2000). La Historia sin red. En H. González (Comp.), *Historia Crítica de la Sociología Argentina, los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*. Buenos Aires: Editorial Colihue.

¹⁰ Gruner, E. (2002). *El fin de las pequeñas historias, de los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico.*, Buenos Aires: Paidós.

¹¹ Jauretche, A. (1959). *Política Nacional y Revisionismo Histórico*. En A. Jauretche, *Tercer Momento, La Historia como Base de la Política Nacional*. Buenos Aires: Peña Lillo editor.